
LA RACIONALIDAD DEL MEXICANO DESDE LA TEORÍA AMPLIA ELSTERIANA. CUESTIONANDO LOS MOVIMIENTOS SOCIALES CONTEMPORÁNEOS

José Carlos VÁZQUEZ PARRA

*Departamento de Filosofía y Ética, Instituto Tecnológico y de Estudios
Superiores de Monterrey, campus Monterrey, México*

RESUMEN

La racionalidad de los movimientos sociales del mexicano promedio contemporáneo es puesta en entredicho ante los análisis y teorías filosóficas y sociales de la racionalidad de la acción, a causa de su pasado, que lo lleva a tomar las acciones con cierta ligereza.

Propuestas como las de los filósofos norteamericano Donald Davidson o del noruego Jon Elster, nos obligan a revalorar la denominada racionalidad del mexicano, la cual, rodeándose de circunstancias que afectan su desarrollo, formación y autonomía, nos hacen notar que tal valoración racional termina siendo un ideal poco alcanzable, afectado por la tergiversación de la información, así como por la presión de actores o entes ocultos.

Palabras clave: Racionalidad, autonomía, información, México, Elster.

THE RATIONALITY OF MEXICAN PEOPLE AND THE ELSTERIAN THEORY ON RATIONALITY. A POINT OF VIEW OF THE CONTEMPORARY SOCIAL MOVEMENTS

ABSTRACT

The rationality of the actions of some Mexican people is questioned by the contemporary theories of rationality of action, due by his past, which leads him to take action with certain lightness.

The proposals of the American philosopher Donald Davidson or the Norwegian Jon Elster, force us to reevaluate the rationality of the Mexican, because some of the circumstances that surround the actions in Mexico may affect the development and the autonomy of themselves, making that the rational action could be something little achievable.

Keywords: Rationality, autonomy, information, Mexico, Elster.

Ser y actuar como mexicano es algo tan cotidiano, que pocas veces nos detenemos a reflexionar sobre ello. Sin embargo, cuando se presenta la oportunidad de encontrarnos con un extranjero o un problema que exige la participación de la sociedad en su conjunto, las características de este mexicanismo son inevitablemente notorias.

Ganando lo mínimo para sobrevivir y teniendo muy poco interés por hábitos como el ahorro o la inversión, gran parte de la población mexicana tiene escasa participación en las decisiones que toma su gobierno, dejado gran parte de su porvenir en manos de aquellos que, considera, velan por sus intereses. De esta manera, con una cultura arraigada a la historia y una tierra que lo liga a su pasado, el mexicano promedio parece moverse por la vida con alegría, ligereza y una atenuada preocupación por su futuro.

Sin embargo, parece ser que las nuevas generaciones no han visto con buenos ojos este sencillo y despreocupado comportamiento, calificándolo en algunas ocasiones de imprudente, falta de visión e, incluso, de irracional. Así, el mexicano del siglo XXI pretende ser más consciente de sus actos, más responsable de su comportamiento, más participativo de las decisiones y, sobre todo, más racional de sus acciones.

Ahora bien, situaciones como los procesos electorales conflictivos, los movimientos sociales, las crisis económicas, entre otras problemáticas que afectan a la población en general, nos obligan a reflexionar y a cuestionarnos acerca de esta posible nueva racionalidad mexicana. En la práctica, parece ser que, aunque las acciones de la población tienen objetivos y fines concretos, los medios usados para su consecución siguen teniendo claras inconsistencias, errores y limitaciones.

Grupos que son impulsados por razones ocultas o desconocidas para ellos, actitudes violentas o desordenadas, la falta de información y evidencia que sustente las decisiones, o incluso, una clara contradicción entre lo pretendido y lo actuado, son cuestiones que tienden a confrontar esta noción de racionalidad. De esta manera, pareciera que la población es más bien llevada a que se mueva por sí misma y a ser reactiva, más que a ser agente de sus propias acciones.

Bajo este panorama, parece ser que las actuaciones de esta nueva generación poco se alejan de las que criticaban en sus padres, llegando a ser menos consistentes y más irracionales. Por lo mismo, es menester valorar el entendido de estos nuevos comportamientos, considerando la forma en que éstos se estructuran, así como las exigencias que, según diferentes perspectivas teóricas, deben verse satisfechas, para alcanzar tal calificativo de racionalidad.

Esto es lo que lleva a que el presente análisis, con el fin de determinar la entereza o debilidad de la toma de decisiones racionales del mexicano contemporáneo, se dé a partir de tres puntos fundamentales:

- A. Analizar la concepción de racionalidad.
- B. Estimar la consistencia de las acciones a partir de la propuesta de Donald Davidson.
- C. Valorar la racionalidad de las acciones de las nuevas generaciones con base en la teoría amplia de la racionalidad de Jon Elster.

A partir de esto, y habiendo mostrado el horizonte general en el que se desarrollará el presente texto, se profundizará en los puntos señalados.

A. LA CONCEPCIÓN DE LA RACIONALIDAD

Con la influencia y predominio de la Europa del siglo XVI, México parece haberse aferrado bastante bien a algunas nociones y

calificativos del mundo occidental-cristiano, en especial a aquellas presunciones tan rígidas como la del título de “*cultura de la racionalidad*”. De esta manera, al ser parte del grupo de los Estados considerados hijos de la cultura griega, los académicos e intelectuales mexicanos adoptaron el parámetro casi obligado de valorar la acción humana a partir de calificativos que, en su mayoría, se encuentran referenciados con base en la consistencia, a la no contradicción y a la racionalidad.

A partir de esto, y con el claro predominio escolástico y la notoria influencia aristotélica, la noción occidental de *acción* se forjó de manera paralela a la del concepto de *razón*, estimando que la racionalidad, así como el *logos* griego, no solamente era una facultad superior humana que diferenciaba al hombre de los animales, sino que también era un elemento intrínseco del alma (Vigo, 2008).

Sin embargo, ¿se podría afirmar que toda actuación que realizamos es racional, simple y exclusivamente porque somos seres humanos? Claro que esta respuesta no solamente es complicada, sino que respondamos lo que respondamos, puede ser altamente cuestionable.

A esta idea de una racionalidad intrínseca se le suma el gran peso e influencia que el filósofo Immanuel Kant llegaría a poner sobre la racionalidad de la acción, considerándola como un principio ordenador y estructural del comportamiento (Rábade, 1994:139-149). Tanto Kant como Aristóteles conducen a que el análisis de la acción se dé fundamentalmente en el estudio de factores como el deber, la intencionalidad o la finalidad del acto, dejando sin examinar otros elementos como las creencias, los deseos, la consistencia e, incluso, los requisitos para calificar de racional una acción.

La propuesta naturalista humeniana (Hume, 2005) viene a cuestionar este privilegiado lugar en el que se había ostentado a la razón dentro de estas “culturas de la racionalidad”, planteando la necesidad de alejarnos un poco del carácter facultativo o estructural de la razón, adentrándonos mejor en el análisis de su sentido instrumental.

A partir de esta nueva perspectiva, los académicos podrían llegar a cuestionar el hecho de que, aun en la intencionalidad, la voluntad o incluso la moralidad, podría haber irracionalidad, aspecto que da cabida a un sinnúmero de cuestionamientos sobre el comportamiento de los individuos.

Un caso específico y de suma importancia para el presente artículo, son las aportaciones del norteamericano Donald Davidson y su concepción de racionalidad consistente, pues sería a partir de su teoría de la racionalidad que otros contemporáneos, como Jon Elster, encontrarían una plataforma teórica para sus propias propuestas y planteamientos.

B. LA RACIONALIDAD CONSISTENTE DE DONALD DAVIDSON

Adentrándonos en una perspectiva filosófica mucho más contemporánea, no se puede evitar destacar a una figura como la de Donald Davidson, quien a partir de la publicación de su texto *Acciones, razones y causas* (1995), ha señalado que ante cualquier acción, los motivos o razones que el agente tiene para actuar tienen una relación directa y causal con la actuación misma, siendo determinantes para su racionalidad.

Davidson considera que las razones de los actos se comprenden en dos elementos básicos: el deseo del agente para alcanzar un fin y las creencias que sustenten que la acción es un medio idóneo para lograr dicho objetivo (Davidson, 1995). De esta manera, si una acción cubre con tales requisitos, se considera que el agente respalda su actuación con una *razón primaria*, lo cual presupone un principio constitutivo de racionalidad. Para este filósofo norteamericano, a toda actuación que se pueda racionalizar o que se puedan dar razones que permitan ver como razonables sus eventos y actitudes, se le considera como una acción racional (Caorsi, 2008:672).

Sin embargo, esta presunción de racionalidad es sólo para un primer momento de valoración, ya que, adicionalmente, la actuación del agente deberá responder a otras necesidades que el mismo Da-

vidson señala, como es el hecho de que las acciones deban respetar principios básicos procedimentales, como son los ideales de lógica y consistencia. Lo anterior es lo que lleva a Davidson a plantear que la racionalidad de una acción radica en la posibilidad de que el agente pueda dar razones de sus actos, pero siempre en apego a una consistencia manifiesta entre los elementos de la acción y de éstos con la acción misma.

Así, la propuesta davidsoniana de racionalidad tiene a la consistencia como línea estructural de la razón de las acciones, englobando siempre una misma noción, que tanto las creencias, como los deseos y el acto en general deben estar libres de contradicciones (Davidson, 1995:78).

En este punto de análisis, podríamos plantear el siguiente ejemplo: en México, así como en otras partes del mundo, se ha convertido en una tradición el que ante el malestar de un grupo, sindicato, organismo o institución en contra de alguna autoridad, sus miembros salgan a las calles en forma de marchas o, incluso, se asienten en plazas o lugares públicos, con el fin de provocar una presión política y buscar que dicha autoridad ceda a sus peticiones.

Desde una perspectiva de racionalidad davidsoniana, la intención que manifiestan los sujetos de manera individual al mostrar su descontento por medio de una marcha, hace presumir que se tienen las razones que la respaldan; es decir, que en un primer momento, tal sensación de disgusto ante la autoridad es una razón para que los agentes se manifiesten.

Sin embargo, aunque se puede apreciar que se cuenta con las razones que justifican su actuar, esto no es suficiente para considerar que dichas razones sean consistentes y, por ende, racionales. En este sentido, el deseo que mueve esta acción es el deseo de que se mejoren las condiciones actuales de los agentes, circunstancias que al ser inadecuadas o afectadas, les ocasionan la molestia que los hace reaccionar de esa manera. Así, podríamos decir que sí existen los motivos para la molestia y que éstos, a su vez, son congruentes en grado y en forma. Es decir, que el deseo es consistente.

En consecuencia, y ante este deseo, varias son las opciones que se pueden tomar en búsqueda de su consecución. Algunas pueden llevarse a cabo de manera pacífica y sutil, como una carta a los directivos, a la autoridad competente o a un jefe inmediato, pero otras pueden ser considerablemente llamativas, como es el caso de las marchas, los asentamientos e, incluso, los disturbios públicos.

Todas estas opciones se han generado a partir de las creencias que se tienen dentro de una sociedad pero, sobre todo, a partir de la realidad específica de cada caso. De esta manera, si el descontento es por la falta de apoyo económico que se tiene para impulsar el turismo en una zona específica, la opción de generar un disturbio no es la más recomendable, pues esto llevaría consecuentemente a una afectación mayor de la actividad turística.

Pero si, por otro lado, el malestar fuera ocasionado por los bajos sueldos de una institución gubernamental, pudiera ser que una queja a partir de una carta no sea la más conveniente, considerando que por la burocracia de los órganos de gobierno, tal petición podría tardar mucho tiempo en ser resuelta.

Ambos casos se perfilan a la comprensión de que es necesaria una consistencia interna en las acciones que se realizan por el agente, consistencia que debe notarse tanto en los deseos que mueven la acción como en las creencias que dan lugar a las opciones de actuación. Tal como Davidson lo postula, sólo a través de la consistencia de la acción con sus razones es que se puede llegar a tener una mayor certidumbre de que dichas acciones son lo más racionales posibles.

Sin embargo, aunque la propuesta de Davidson ha sido considerada como una postura bastante estructurada y explicativa de la racionalidad de las acciones, Jon Elster no teme en calificarla como limitada y estricta para la explicitación plena de la racionalidad de los actos, por considerar que la demostración de consistencia no es un elemento suficiente para pensar que una acción sea racional.

En el caso específico de las marchas, el hecho de que se pueda definir que las movilizaciones son el mejor medio para alcanzar el fin de nuestros deseos, es decir, la atención de la autoridad, no garantiza ni que

el deseo de hacerlas sea racional, ni que las creencias que respaldan las opciones de actuación también lo sean.

Elster (1988), quien considera que la teoría davidsoniana es una teoría limitada, considera que esta propuesta tiene aspectos que deben complementarse, por lo que basándose en ella, propondrá su propia explicación de la acción racional.

C. LA TEORÍA AMPLIA DE LA RACIONALIDAD DE JON ELSTER

En los últimos años, las manifestaciones públicas de inconformidad entre la población se han hecho más comunes alrededor del mundo. Indignados por la situación de los mercados, afectados por la alza del desempleo o resistentes a ciertas políticas gubernamentales, diferentes grupos y movimientos sociales han tomado las calles del mundo para hacer notar su rostro y hacer escuchar su voz.

En México esto no es la excepción y mucho más en ciertos momentos específicos, como los periodos electorales, la implementación de un decreto o política pública, o bien, alguna acción del Gobierno que afecte a la población o a algún grupo de poder. Esto, aunque no es algo nuevo, parece ser que se ha potencializado en las últimas décadas, cuando la juventud busca un cambio de paradigmas y lucha contra el viejo conformismo y la sumisión del ciudadano promedio por medio de la presión política.

Como se pudo apreciar, bajo la perspectiva davidsoniana, las manifestaciones públicas de un grupo o segmento de la población son racionales, siempre y cuando dicha acción responda a una consistencia entre lo que se desea lograr y los medios que se creen son los mejores para su consecución.

Sin embargo, existen circunstancias que podrían llevarnos a cuestionar tal calificativo, es decir, a preguntarnos si tal valoración de racionalidad es realista. Continuando con el ejemplo anterior, hay muchas ocasiones en que tales marchas no consiguen el objetivo buscado. Es más, durante ellas, los agentes se percatan de que la

finalidad que ellos pensaban obtener no es la verdadera, y que su manifestación se ha transformando en una expresión de malestar político, un abanderamiento partidista o, incluso, en algunos casos, en señalamientos con fines económicos que en un inicio no pretendían.

Los agentes se percatan de que lo que buscaban con su acción no fue lo conseguido, dándose cuenta de que aunque parece haber una consistencia entre lo que se deseaba y lo que se creía, ello no garantizó la consecución ideal de sus objetivos, pues internamente sus deseos y sus creencias tenían claros limitantes de racionalidad.

Elster (1988:9) explica que la teoría existente de la racionalidad tiende a poner todo su énfasis en la consistencia de las razones del acto, dejando sin examinar aspectos tan importantes como la capacidad de juicio en la recopilación de información o la autonomía en la generación de deseos y preferencias. Así, este autor considera que, aunque la explicación de la racionalidad existente no es incorrecta, es demasiado estricta y, por ello, una gran variedad de actuaciones humanas pueden llegar a valorarse como racionales, aunque en sus razones haya claros vicios de irracionalidad.

Elster (1988:11) agrega que la relación de la acción con sus *razones*, propuesta en los postulados de Davidson, deben complementarse con un análisis de su fundamentación racional. Es decir, de que toda valoración de racionalidad de un acto deberá poner especial atención en la fundamentación racional de sus elementos (deseos y creencias), ya que más allá de su consistencia, se debe garantizar que éstos sean, a su vez, racionales.

De esta manera, Elster no busca contradecir las aportaciones davidsonianas, sino llevarlas a un nuevo y más alto nivel de racionalización. Incluso, Elster considera que para poder llegar a una explicación profunda de toda acción, primero es necesario verificar que se encuentra en una relación optimizadora respecto a los deseos y creencias del agente, antes de poder pensar en su racionalidad (Elster, 1999:13).

A partir de todo lo anteriormente planteado, se entenderá como *Teoría Amplia de la Racionalidad Elsteriana* a aquélla que permite

estudiar detenidamente la naturaleza sustancial de los deseos y las creencias involucradas en los actos humanos, haciendo notar que, para el filósofo noruego, el actuar racionalmente no únicamente tiene que ver con la consistencia y no contradicción de las razones de la acción, sino con que dichas razones sean, a su vez, racionales (Elster, 1988:29).

Así, para Elster (1989), una creencia se considera racional a partir de la relación que tiene ésta con la evidencia que se posee, considerando la concordancia de tal información y su historia causal. Con base en esta importante relación de la evidencia con las creencias, es que Elster (1988:30) prevé que el nivel óptimo de evidencia es un problema toral que debe ser considerado al hablar de racionalidad, ya que no es fácilmente definible, y que tanto la falta como el exceso de información, pueden ser altamente perjudiciales en la generación de la creencia.

En el ejemplo que venimos explicando desde el apartado anterior, esta evidencia se vuelve fundamental para la toma de decisiones del agente, es decir, para la elección de realizar o no una manifestación pública, pues la información que se tiene sobre la situación actual del individuo es lo que fundamenta sus creencias, y éstas son las que determinan las opciones de actuación que pueden plantearse como posibilidades de acción.

Sin embargo, ¿qué tan confiable podemos considerar la información a la que tiene acceso la gran masa poblacional de nuestro país? Y aun pudiendo hacerse de ella, ¿cuál es el nivel de comprensión que podemos esperar, a partir de las deficiencias educativas con las que cuenta la mayor parte de la población en México?

Lamentablemente, es muy cuestionable afirmar que los movimientos sociales que se han dado últimamente en México cuenten con evidencia o información óptima que los respalde, ya que, en la mayoría de las ocasiones, la gran masa poblacional que sale a manifestarse se encuentra respaldada por posturas partidistas subjetivas, información claramente tergiversada, o bien, por evidencia confusa que difícilmente puede considerarse como óptima o adecuada.

Por otro lado, los deseos que mueven las acciones tampoco salen bien librados en este tipo de ejemplos, ya que en cuanto a los deseos o preferencias, como segundo aspecto a considerar dentro de la *Teoría Amplia de la Racionalidad*, Jon Elster (2010) estima como racionales a aquellos deseos que han sido formados correctamente, es decir, que no han sido distorsionados por procesos causales irrelevantes y que conservan su autonomía.

Elster (1988:36-37) expresa que así como la evidencia adecuada es para las creencias racionales, la autonomía es la caracterización positiva de las preferencias, considerando que un deseo autónomo es aquel que ha sido escogido, adquirido o modificado deliberadamente, ya sea por un acto de voluntad o por un proceso deliberativo.

Por esto mismo, sería conveniente valorar las ocasiones en que un grupo de manifestantes realmente se expresan a partir de un malestar autónomo; es decir, que son movidos a partir de un proceso deliberativo y como acto de su voluntad propia.

Claro que lo anterior sería lo ideal para este tipo de expresiones poblacionales. Lamentablemente, no es el caso de la mayoría. Masas que son acarreadas por fuerzas políticas o que responden a presiones de grupos de poder, es lo que por lo común puede encontrarse en las manifestaciones públicas.

Esta situación atenta la autonomía de los deseos de cada uno de los agentes que ahí se encuentran. Sin embargo, aun en aquéllos que se dicen autónomos cabe lugar a la duda, pues estando en una nación en que existen demasiados entes ocultos, la realidad de una manifestación pública sólo llega a conocerse a partir de sus consecuencias, y no así durante su planeación y ejecución.

Para la *Teoría Amplia de la Racionalidad Elsteriana*, las acciones que no se hacen con plena conciencia de la racionalidad de sus elementos, pueden ser objeto de cuestionamientos sobre su racionalidad y, sobre todo, en aquellos casos en los cuales el agente desconoce sus razones, medios y fines de acción.

CONSIDERACIONES FINALES

Con el fin de cerrar este escrito, se presentan las siguientes consideraciones para poder llegar a una conclusión:

- A partir de los antecedentes aristotélicos y kantianos, la cultura occidental se engalana con el título de “cultura de la razón”, al considerar que es la satisfacción racional el fin último al que debe tender toda actuación humana.
- Sin embargo, posturas como la de David Hume vienen a cuestionar esta supremacía racional en la teoría de la acción, proponiendo que ésta no es una causa suficiente para mover la actuación humana, sino solamente un medio para alcanzar sus fines.
- Esta nueva perspectiva instrumental de la razón viene a impulsar nuevas propuestas teóricas, como la del filósofo norteamericano Donald Davidson y la del noruego Jon Elster.
- Para Davidson, la valoración racional de las acciones radica en la demostración de su consistencia. Es decir, en que tanto la acción como los elementos que la componen sean consistentes y no contradictorios en sí mismos y al relacionarse entre ellos.
- Para Elster, aunque la consistencia no es un medio de valoración racional erróneo, lo considera insuficiente, ya que estima que la racionalidad sólo se alcanza a partir del análisis de la correcta conformación causal de la acción y de sus elementos. Es decir, que tanto la acción como las partes que la integran sean racionales en sí mismas y entre éstas.
- Para que las acciones de los mexicanos, en este caso específico, los movimientos o manifestaciones sociales, puedan llegar a ser considerados racionales bajo los parámetros fijados por esta teoría, no sólo deben ser actuaciones libres de contradicciones, sino también estar sustentados en evidencia óptima y suficiente, así como basarse en deseos autónomos.

Con base en lo anterior, se concluye que lograr la valoración racional de las acciones que realiza el común denominador de los pobladores de México es un ideal difícilmente alcanzable —ya que no solamente nos encontramos en un entorno en el cual la información y la evidencia tienden a ser controladas o a estar reservadas para ciertos grupos específicos—, sino que también existen actores y entes —como los partidos políticos, los jefes sindicales, los grupos de empresarios, entre otros— que, aun sin darnos cuenta, mueven a la gran mayoría de la voluntad de la población del país, dejando en duda el nivel de autonomía de sus acciones.

Esto nos lleva a preguntarnos sobre si las acciones de las nuevas generaciones son realmente más racionales que las de sus padres, ya que después de este análisis parece ser que esto es bastante dudoso.

Así, sólo queda sobre la mesa el cuestionar si los numerosos movimientos sociales de estos últimos años son realmente tan racionales como pretenden ser, ya que bajo esta perspectiva su calificación puede variar rotundamente. Pueden ser, desde una manifestación popular, a un simple acarreamiento de individuos, quienes por su ignorancia o necesidad, se han convertido en simples instrumentos de presión pública.

BIBLIOGRAFÍA

- CAORSI, C. (2008). "La filosofía de la acción de Donald Davidson", en G. Leyva, *Filosofía de la acción*, España, Síntesis, pp. 653-684.
- DAVIDSON, D. (1995). *Ensayos sobre acciones y sucesos*, Barcelona, Crítica.
- ELSTER, J. (1988). *Uvas amargas. Sobre la subversión de la racionalidad*, Barcelona, Península.
- ____ (1989). *Tuercas y tornillos*, Barcelona, Gedisa.
- ____ (1999). *Juicios salomónicos*, Barcelona, Gedisa.
- ____ (2010). *La explicación del comportamiento social: más tuercas y tornillos para las ciencias sociales*, Barcelona, Gedisa.

- HUME, D. (2005). *Tratado de la naturaleza humana*, México, Porrúa.
- RÁBADE, S. (1981). *Método y pensamiento en la modernidad*, Madrid, Narcea.
- _____ (1994). *La razón y lo irracional*, Madrid, Complutense.
- VIGO, A. (2008). "Praxis como modo de ser del hombre. La concepción aristotélica de la acción racional", en G. Leyva, *Filosofía de la acción*, Madrid, Síntesis, pp. 53-85.

José Carlos VÁZQUEZ PARRA

Licenciado en Derecho y en Psicología, así como maestro en Educación por la Universidad del Valle de Atemajac. Es doctorando en Estudios Humanísticos con especialidad en Ética por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM), campus Monterrey donde actualmente desarrolla su línea de investigación en temas de Teoría de la Acción y Racionalidad Humana. Tiene experiencia docente en diferentes niveles educativos y ha sido ponente en múltiples congresos y foros en México y el extranjero. Tiene variadas publicaciones en medios electrónicos y en revistas científicas y de divulgación nacionales e internacionales.
Correo Elec.: jvazquez24hrs@gmail.com